

Lección No. 6.- LOS DOS IMPULSOS DE LA EVANGELIZACION

El testimonio del evangelizador convence, el anuncio persuade y cautiva

21. Importancia primordial del testimonio

Comenzaremos por recordar lo que significa la palabra «*primordial*», que en el título de este apartado 21 califica la importancia del testimonio: primordial significa «*de primer orden*», esto es, de particular importancia. Por eso Paulo VI hace notar que el testimonio, el ejemplo que el cristiano ha de dar de su vida ante el mundo reviste un valor relevante. Esto era lo que hacían los Apóstoles en los primeros días; más que adoctrinar, daban testimonio: «*Los apóstoles daban testimonio con gran poder de la resurrección del Señor Jesús. Y gozaban todos de gran simpatía.*» (Hch 4,33). El poder de que aquí se habla era el de hacer milagros; pero la palabra *simpatía* nos indica que este testimonio era bien recibido. Era *primordial* que ellos atestiguaran que habían visto resucitado al que había sido crucificado y muerto delante de la muchedumbre a la que hablaban.

«*Testimonio*» es el acto por el cual una persona demuestra que es creíble lo que asegura. Pero el testimonio cristiano actual es otra cosa: el testigo cristiano da testimonio, no de sí mismo sino de otro —de Cristo—, a quien ha conocido por el camino de la fe. El cristiano no habla de sí mismo, sino de Cristo. De esta manera da testimonio san Pablo: «*Nosotros predicamos a un Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles; mas para los llamados, lo mismo judíos que griegos, un Cristo, fuerza de Dios y sabiduría de Dios.*» (1 Co 1,23-24).

El Papa pone como algo digno de imitación un comportamiento a tal grado recto y estimable, que tiene que provocar el interés en aquéllos que sean testigos de ese modo de ser y de vivir. Ante todo ha de cuidarse de aparecer —y ser— una persona que atiende al bien de los que la rodean, sin espera de interés personal.

Todo el que ve que alguien se preocupa por sus problemas y necesidades materiales, acaba por sentir hacia ese otro un principio de agradecimiento y estimación; de igual modo, cuando la preocupación es hacia todo el vecindario, hacia la comunidad, la estimación ya no es tan sólo de uno, sino de muchos.

Cuando el cristiano comprende y acepta a los demás como son; cuando se hace uno con ellos, «*se solidariza*», es decir, «*se hace uno solo*» con ellos para emprender algo; cuando descubren que este cristiano es uno con ellos en la realización del bien común, buscarán su cooperación, ayuda, auxilio y apoyo.

Es una realidad innegable que aquél que sirve a otros gana no sólo aprecio, sino autoridad moral ante ellos. Esta autoridad moral no será para su provecho, sino para influir más eficazmente en bien de los demás, particularmente en lo moral y lo espiritual. Entonces, al contar con el valioso recurso de la autoridad moral, es cuando se puede fácilmente trabajar por el bien no únicamente terreno de los hermanos, sino por su salvación. Porque es entonces cuando prestan oídos a sus palabras.

Continúa Paulo VI diciendo que cuando los beneficiados de este modo por el evangelizador, descubren que a él lo mueve algo distinto a lo puramente físico, material, temporal y egoísta, que suele ser lo común, se preguntarán qué otros valores están en juego en la vida del hombre. Así, caerán en la cuenta de que son

los valores superiores, la fe en Dios como Suma Verdad, y la esperanza en Dios como Suma Bondad. Si antes no lo han valorado así, pronto comenzarán a preguntarse en su interior si aquél tendrá razón en pensar y obrar así.

Paulo VI hace una lista de los destinatarios de esta incipiente evangelización:

☑ *Los cristianos a quienes nunca se había anunciado Cristo.* Estos, ciertamente no pueden ser llamados culpables, pero son los más necesitados por cuanto que carecen hasta del mínimo de evangelización. Sorprendentemente, con frecuencia son los más fáciles de interesar y no pocos aceptan pronto la evangelización. En gran número muestran tener sed de Dios.

☑ *Los bautizados no practicantes.* De estos decía en una ocasión Paulo VI que tan sólo son cristianos porque su nombre está escrito en el padrón de alguna parroquia. Son los que únicamente acuden al templo para cumplir con los sacramentos y otras ceremonias como con un requisito de índole social sin el cual no podrían comportarse como es debido ante la colectividad humana según los requisitos de la vida social. Son más fríos que los primeros al ser abordados, pero tengamos presente que el Espíritu Santo, que les fue infundido por el bautismo, actúa *dentro de ellos* mediante su gracia, como un aliado nuestro, y El puede obrar el prodigio de la conversión. También en éstos aparece el hambre de Dios cuando son despertados por el testimonio y la razón de nuestra esperanza.

☑ *Las gentes que viven en cristiano pero según principios no cristianos.* Esto parece un tanto contradictorio: ¿son, o no son? Así es: se dicen cristianos fervorosos, frecuentan los sacramentos, tienen prácticas religiosas auténticas, sólo que no piensan ni viven ni actúan en cristiano. Son los *cristianos por horas y por ambientes*, son los *cristianos que se forman su propia religión* con preceptos, máximas, actitudes y hechos contrarios al Evangelio. Según su comportamiento parecen creyentes de un evangelio contrario al de Cristo. Para éstos la religión está sujeta a las conveniencias, de suerte que la gracia, la doctrina, las buenas obras, la justicia social y la misericordia son conforme a su propio provecho. Se forman una religión acomodaticia, conforme a su medida, para entonces sí ser fieles practicantes de ella. Estos son duros de convencer; son los que se alejan de Cristo cuando —como el joven del Evangelio— sienten la tristeza de no poder renunciar a sus propios valores. Con todo, también aquí hay que evangelizar, acaso con más oración por parte del evangelizador.

☑ Finalmente, *los que buscan a tientas algo o Alguien a quien no pueden dar un nombre*, aunque tienen una imprecisa esperanza en El. Estos llevan ya la semilla de la conversión en su interior —semilla sembrada en medio del dolor y de la necesidad— y sólo hace falta un cultivador que la riegue, la cuide, la haga germinar y crecer. ¡Cuántas veces la falta de labrador los lleva a la desesperación!

Cierto que en este mundo existen muchos que quieren pasar por benefactores con intención de ganar posición para luego valerse de ella en su propio beneficio. El cristiano demostrará a la larga, lo mismo que a la corta, que ciertamente no lo mueve ningún interés personal propio. Esa será la diferencia. La respuesta a las preguntas del porque de su modo de ser será para aquéllos un principio de evangelización, sin alardes, pero efectiva, pues al saber que el origen del modo de ser del cristiano radica en la firmeza de la fe en una doctrina, en una promesa,

que les proporciona una inmovible seguridad; en suma, en los valores propios del Evangelio, nacerá en ellos el deseo de participar de esos valores que en aquél han descubierto.

Esto, dice Paulo VI, es extensivo lo mismo a los no cristianos que a los cristianos que no viven el Evangelio. Es que hoy abundan, desgraciadamente, en los países que antes constituyeron la «Cristiandad», hombres y mujeres bautizados que no viven según la doctrina de Cristo, que no conocen en lo absoluto el Cristianismo; que, como el mismo Paulo VI dijo en una de sus catequesis semanarias: tan sólo son cristianos porque recibieron el bautismo y porque de ese modo su nombre quedó inscrito en el padrón de una parroquia. Estos necesitan ser evangelizados desde la base, al igual que los no bautizados que nunca oyeron hablar de Cristo. Para ellos el valor de nuestro testimonio en función de evangelización cuenta tanto como para los otros. **Y de su conversión somos directamente responsables.**

Afirma el Papa que de la observación de nuestro comportamiento surgirán otros interrogantes más profundos y comprometedores, y así es: en la vida real hemos visto que cuando somos identificados como cristianos, con frecuencia se nos pregunta acerca de religión con sed de Dios, se nos muestra la problemática personal con ánimo de obtener una orientación al menos un consuelo; se nos pide que realicemos algo que resuelva una necesidad, las más de las veces material, pero que da ocasión a prestar también ayuda en lo espiritual, siguiendo el principio de que el que auxilia en aquello que preocupa adquiere autoridad para ser escuchado sobre aquello que no preocupa.

Por todo esto, añade el Pontífice, el testimonio es un elemento esencial, del que no se puede prescindir hoy, y el primero en orden de sucesos, ya que no seremos escuchados si antes no dimos muestras de nuestro modo de pensar, de sentir, de obrar. Y de obrar de modo tal que implique capacidad de compromiso para el bien de la comunidad.

Termina Paulo VI este párrafo recordándonos que todos tenemos participación en el deber de evangelizar, y en tal situación, es de todos el ser evangelizadores, y todas las parábolas que hablan del Reino de los Cielos nos apremian.

Un punto que el Papa no dejó pasar por alto es el de los cristianos que emigran, que salen de su país natal, o de su lugar de origen a otros puntos de su propio país, para trabajar temporalmente fuera; o bien los que dejan la patria para siempre: pueden éstos esparcir la semilla del Evangelio en los lugares a los que se dirigen. De hecho, aunque el motivo que los lleve inicialmente no sea el de misionero, con todo ellos pueden convertir en doble su propósito si parte de su tiempo lo dedican a la evangelización entre los habitantes de las nuevas tierras, o al menos entre sus compatriotas con los que emprenden el viaje con ellos, para que el ambiente no cristiano no los absorba.

No es preciso decir esto de los que van más allá de las fronteras de su patria. Aquí mismo, las grandes ciudades ven llegar año con año oleadas de mujeres, hombres y niños que de las rancherías y pueblos pequeños se ven obligados a salir para poder ganarse el sustento. Gente de costumbres sanas, de religiosidad popular profunda, que llega a hundirse en el mar de la población urbana; ésta con otras costumbres, muchas veces con desviaciones, constituye serio peligro para

el inexperto fueraño que verdaderamente necesita un período de adaptación al nuevo ambiente, bajo el peligro de perderse.

Paulo VI cita a Tertuliano, sacerdote del siglo II, y su obra *«Apologéticum»* (39) en defensa del cristianismo. Ahí describe cómo viven, qué son, cómo conviven los cristianos, para de ese modo tratar de convencer a los paganos del error. En este punto la obra de Tertuliano mira precisamente al testimonio como instrumento de evangelización, pues por el ejemplo que dan los cristianos pretende conseguir que los paganos se conviertan.

22. Necesidad de un anuncio explícito

Con todo, no es suficiente el ejemplo, pues el testimonio si no es seguido del *"dar razón de nuestra esperanza"* nunca será suficiente. Para ello cita a San Pedro (1 P 3,15). Es lógico, ya que, si como dijimos antes, el testimonio va a despertar curiosidad en los que observan, se seguirán las preguntas de que se habló, y las respuestas tendrán que sobrevenir tarde o temprano, o el fruto del ejemplo corre el riesgo de perderse con sus efectos.

Y fijémonos que el hablar lo califica de *«palabra de vida»*, esto es, que de nuestro hablar se sigue, con su conversión, que ellos entren a la verdadera vida, la vida de Dios a la que han sido llamados ¡imaginar que yo puedo dar la vida con mi palabra; que yo puedo ser *palabra de vida!*

Describe Paulo VI el contenido del anuncio:

- Ante todo, se ha de anunciar el Nombre de Jesús, expresión que, como vimos en el primer grado, significa hablar acerca de la Persona de Cristo, su misión traída del Padre, su redención, muerte, resurrección y glorificación.
- El segundo paso es su doctrina: en realidad es el mismo orden que Cristo siguió en su vida pública. Cuando sabemos interesar a los que escuchan con una atinada presentación de la Persona del Señor, la transmisión de su doctrina es oída con el mismo interés, y esto constituye en sí la introducción a la vida eclesial. Es la primera participación que ellos harán en la Iglesia.
- Exponer la vida de Cristo tiene como fin proponerlo como modelo de vida, y en esto comienza el camino de perfección. Es invitarlos a un cambio de modo de ser, de costumbres, de pensamiento y de acción a la manera de Jesús.
- En la proposición de las promesas debe hacerse énfasis en la fidelidad de Dios, cuya confianza ha de ser para nosotros la roca que como un firme cimiento, en nuestra existencia nos hará soportar todos los vendavales de la vida terrena sin que titubee nuestra fe.
- El Reino y el Misterio de Jesús a veces se confunden. Todo es misterio y por eso imposible de contemplar, menos de entender. Aquí está el mérito de la fe: creer sin haber visto, como dijera el Divino Maestro a Tomás. Y con todo, así debemos aceptarlo porque es el único camino de la salvación.

Recomienda que el anuncio que hagamos al dar la explicación pedida, debe ser claro, suficientemente libre de falsas interpretaciones o desviaciones que pudieran llevar al interlocutor a falsos conceptos de la religión y de Cristo. Cuántas desviaciones hacia una triste y deformada imagen de Jesús se hacen preten-

diendo «no que el hombre sea a semejanza de Dios, sino que Dios sea a semejanza del hombre».

También debe darse, no una respuesta vaga, que no lleve totalmente al conocimiento de la verdad: sino que de manera precisa debe ser dado a conocer el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el reino y el misterio de Jesucristo, Dios y hombre verdadero.

Poco a poco nos va llevando el Pontífice a esta convicción: si como cristianos hemos de ser evangelizadores, también hemos de ser buenos evangelizadores, evangelizadores capaces de dar razón de nuestra fe. No de una manera que al fin resulte equívoca, débil, incompleta, y a la postre inútil; sino llena de certidumbre, de fuerza evangélica, plena de información que del todo satisfaga.

Cuánto conviene que con detenimiento leamos y releamos, para nuestra instrucción más completa ese discurso de San Pedro contenido en (Hch 2,14-36), que se complementa en (Hch 3,11-26). Es muy ilustrativo también el discurso de San Esteban (Hch.7,2-53).

Trae a cuento el Papa toda la historia de la Iglesia: su único fin es evangelizar, de modo que la historia de la evangelización de los pueblos corre pareja con la historia profana de esos mismos pueblos. Pero —dice— en cada momento de esa historia se suscitan estas preguntas angustiosas:

¿A quién enviar para anunciar el misterio de Jesús? Hoy también subsiste esta pregunta, y la única respuesta sólo los cristianos de hoy podemos darla con nuestro desprendimiento y generosidad: *"Héme aquí, que vengo a hacer tu voluntad."* (Sal 40,8).

¿En qué lenguaje anunciar este misterio? Debe ser un lenguaje atrayente, que provoque confianza, comunicativo, paciente, convincente, amistoso, servicial; evitando confrontaciones que bloquean y cierran las puertas y los oídos para nunca más dar oportunidad al paso de la verdad. Paciente porque sabe esperar siempre otra oportunidad, porque lo que no fue hoy acaso será mañana.

¿Cómo lograr que resuene y llegue a todos aquellos que lo deben escuchar? Sólo hay un camino frente a tanta necesidad de evangelización: *la oración*. Pedir al Señor que envíe más y más evangelizadores, y que abra los oídos sordos que en su inconsciencia rechazan la llamada de Dios. Recordemos que al apóstol le toca anunciar y rezar, proclamar y rogar.

Esa es la preocupación de Paulo VI por la falta de evangelizadores: hablar de evangelizar a los pueblos todos de la tierra —tarea esencial de la Iglesia— es hablar de algo de proporciones gigantescas, sólo posible porque la gracia divina y la decisión del Padre por nuestra salvación están presentes, ya que de nuestra parte es algo imposible a las fuerzas humanas.

¿A quién enviar a anunciar el Evangelio? Es una pregunta que podría pasar desapercibida en su importancia, si no mediara una profunda reflexión: la Iglesia somos los 700 millones de católicos esparcidos por toda la faz de la tierra, y así, deberíamos ser 700 millones de evangelizadores. Y sin embargo, sigue siendo verdad lo que dijo Cristo: *"La mies es mucha y los obreros pocos"* (Mt 9,37).

Cuando el Concilio Vaticano II emite el Decreto *«Apostolicam Actuositatem»* (La actividad apostólica), parece como que descubre una fuerza evangelizadora

que ahí estaba latente, semidormida, en el seno mismo de la Iglesia: ¡todos los laicos pueden ser agentes de la evangelización! Parecía que la fuerza descubierta era avasalladora, suficiente para completar la evangelización del mundo rápidamente. Y con todo, los años posteriores al Concilio han demostrado, una vez más, que *"los obreros son pocos"* (Mt 9,37). Pocos los que se deciden; pocos, muy pocos, los que se preparan adecuadamente; pocos, más pocos, los que perseveran. Poquitos los que escuchan el llamado de Cristo y van en su seguimiento.

Las últimas palabras en este número hacen ver el tamaño de la misión con ánimo de despertar en nosotros la preocupación por la preparación y atención que debemos prestarle: es tan grande la importancia del anuncio del Evangelio —el kerigma— (Κήρυγμα gerima, voz, lenguaje, palabra, mensaje) dice, que llega a constituir para algunos un sinónimo de la evangelización, esto es que el sólo anuncio de la salvación parece ser ya la evangelización misma. Pero la verdad es que es tan sólo su inicio, un componente de ella.

En los dos números que siguen, Paulo VI ha querido narrarnos, como en una película, los pasos que tiene que recorrer el hombre, desde recibir la primera noticia sobre el Cristianismo, hasta llegar a ser un apóstol más.

23. Hacia una adhesión vital y comunitaria

El cambio interior se inicia en un momento preciso: esto ocurre cuando el hombre *«escucha»*; (no dice *«oye»*, sino *«escucha»*); es decir, cuando presta atención a la proclama del Evangelio. En la vida práctica del evangelizador, sabemos, éste se encuentra con muchos, muchísimos, que *«oyen»* y con pocos, muy pocos que *«escuchan»*. Y todavía ocurre que buena parte de los que escuchan, luego cierran los oídos y el corazón impedidos por las pasiones, las conveniencias y los atractivos del mundo, según la parábola del sembrador (Mt 13,3-15).

Así, cuando el apóstol es escuchado por alguien, él ha de provocar el siguiente paso: el que ha escuchado ha de dar el paso que nadie puede dar por él: *«aceptar la Palabra»*. Lo que constituye la *«respuesta»* al llamado del Evangelio.

Entre la proclamación, la escucha y la aceptación ocurre algo muy semejante a lo que cada año vemos en primavera cuando las aves se aprestan a anidar: el reclamo de un pajarillo que busca pareja, el acercamiento de ésta y su respuesta aceptando la anidación. En la Sagrada Biblia el Cantar de los Cantares se vale de esta figura: *"¡Qué bella eres, amada mía, qué bella eres! Palomas son tus ojos a través de tu velo..."* (Ct 4,1) Es el reclamo. Luego viene esa escucha: *"Yo dormía, pero mi corazón velaba ¡La voz de mi Amado que llama!"*... (Ct 5,2). Viene ahora la aceptación: *"Me he quitado mi túnica, ¿cómo ponérmela de nuevo? He la vado mis pies, ¿cómo volverlos a manchar?"* (Ct 5,3).

La aceptación es la resolución de la entrega: ¡no más sin Jesús!: *"Maestro, te seguiré adondequiera que vayas."* (Mt 8,19). *"Caminando por la ribera del mar de Galilea vio a dos hermanos, Simón, llamado Pedro, y su hermano Andrés, echando la red en el mar, pues eran pescadores, y les dice: 'Venid conmigo, y os haré pescadores de hombres.' Y ellos al instante, dejando las redes, le siguieron."* (Mt 4,18-20). Esta es la *«adhesión»* de que nos habla Paulo VI.

Termina la primera fase en la conversión con la adhesión (del latín: ad = cerca de; esse = ser, estar; significa un estrechamiento de relaciones, un coincidir en todo, no querer nada sin el otro. La verdadera adhesión se demuestra en la prueba: "Yo os conjuro, hijas de Jerusalén, si encontráis a mi Amado, ¿qué le habéis de anunciar?... Que enferma estoy de amor." (Ct 5,8). Y es que la aceptación, seguida de la adhesión, es el convencimiento de que no hay bien mejor que Dios: "Mi Amado es fúlgido y rubio, distinguido entre diez mil..." (Ct 5,10).

Si, dice Paulo VI, debe existir adhesión; pero una adhesión aceptando las verdades de su enseñanza por medio de la Iglesia, que es su camino de salvación.

No es eso todo ni lo principal, sino que lo más importante en la adhesión está en «convertirla en vida», hacer que nuestro modo de ser y de vivir sean conforme a El: "Yo soy para mi Amado y mi Amado es para mí..." (Ct 6,3). Y todo empieza a través de «acoger el Evangelio como Palabra que salva.»

La adhesión a Cristo por el Evangelio, cuando es real, mediante los sacramentos necesariamente nos llevará a la vida comunitaria. El "No es bueno que el hombre esté solo" del Génesis (2,18) será válido siempre, como también lo será el que Dios busque para el hombre la compañía necesaria. Es lógico, pues, que en el hombre, un ser sociable por naturaleza, «lo que se viva se conviva».

Bien puede decirse que un signo de que el hombre ha conseguido su adhesión a Cristo es que por sí mismo busque la manera de insertarse en la comunidad eclesial: es una necesidad que se siente y que mueve a la reunión, al encuentro y participación de lo espiritual. Fue lo que sucedió en los primeros días de la Iglesia: "Acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones." (Hch 2,42). Necesitaban reunirse.

Así, nos dice el Papa, la Iglesia continúa su función de servir de signo de unión con Dios y de unidad con los hermanos; así es como se integra el Pueblo de Dios, por la reunión de los que han creído en la Palabra de Cristo y se reúnen en su nombre según El dijo: "Cuando yo sea levantado de la tierra (aludiendo a su crucifixión), atraeré a todos hacia mí." (Jn 12,32).

Por esto Cristo, por medio de la Iglesia, ha de influir sobre toda la vida social del hombre, desde la familia, la sociedad civil, la nación y el consorcio de las naciones, eliminando la dispersión obra del pecado.

24. Impulso nuevo al apostolado

Cuando verdaderamente se ha operado dentro del hombre la conversión, no tarda en convertirse en activo propagandista de la Palabra de Dios. Paulo VI llama a esta actitud de interés por la difusión del Evangelio que adquiere el converso "«la piedra de toque» de la conversión. Alude a la sustancia usada por los orfebres para reconocer la calidad del oro que compran: si el metal tocado por la piedra no sufre alteración al no ser atacado por ella, señal es de que el oro es puro. Del mismo modo, sólo cuando el converso se interesa por la difusión del Evangelio recibido, se puede decir que en él se operó ya la evangelización.

Un concepto egoísta de la religión, por muy piadoso que aparezca el individuo, no es evangelización completa, pues el primer fruto del Evangelio es el deseo de participar y que llegue a ser de todos conocido. Es lo que ocurrió a la samaritana al conocer a Jesús: darlo a saber entre los suyos (Jn 4,39-42).

Por eso es muy importante crear y mantener en cada uno el espíritu de la evangelización, el espíritu de evangelizadores. Sin esto podremos quizá perseverar durante algún tiempo, pero luego vendrá el desganado y la apatía que tienen como origen dedicarse a algo de cuya importancia no se está convencido.

Cuando realmente hemos sido «calados» hasta lo más profundo por el Evangelio, cuando la conversión se ha realizado plenamente, cuando el espíritu evangelizador late apasionadamente allá dentro, entonces es cuando se entiende a San Pablo en su grito angustioso: *“Predicar el Evangelio no es para mí ningún motivo de gloria; es más bien un deber que me incumbe. Y ¡ay de mí si no predicara el Evangelio!”* (1 Co 9,16).

Para terminar, Paulo VI muestra una vez más los elementos de la evangelización, los cuales también sirven para determinar los pasos a seguir.

✓ **renovación de la humanidad.** Es el objetivo por conseguir, a partir de la conversión de la persona. Sólo el Evangelio ha sido capaz en la historia de la humanidad de levantarla cuando decae hasta la autodestrucción. Salvarla de su ruina y renovarla para que llegue hasta el fin de los tiempos cumpliendo su vocación hacia la vida eterna, es propósito fundamental del Evangelio y de la Iglesia.

✓ **testimonio.** Elemento indispensable, convincente mucho más que la palabra.

Dice Jesús: *“Brille así vuestra luz delante de los hombres para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos.”* (Mt 5,16).

✓ **anuncio explícito.** Llegado el momento, se debe hablar sin limitaciones, con claridad, en defensa de la verdad, de la justicia y dignidad del hombre, como Cristo mismo lo enseña: *“Lo que yo os digo en la oscuridad, decidlo vosotros a plena luz; y lo que oís al oído, proclamadlo desde los terrados.”* (Mt 10,26-27).

✓ **adhesión del corazón.** Es la decisión de seguir a Cristo con fidelidad invariable, esa que permite construir en el evangelizador una firme esperanza, conforme al decir de san Pablo: *“Así pues, hermanos míos amados, manteneos firmes, inconvencibles, progresando siempre en la obra del Señor, conscientes de que vuestro trabajo no es vano en el Señor.”* (1 Co 15,58). Es la confesión que brota de quien llegó a tener la mente convencida y el corazón intensamente enamorado de Dios. El Apóstol que, de perseguidor de la Iglesia, se tomó en su admirable columna.

✓ **entrada en la comunidad.** El evangelizador no puede ser un cristiano activo y aislado. Cuando realiza la misión de la Iglesia, lo hace en nombre de la Iglesia. Anuncia, y lo hace como el enviado que lleva el mensaje que la Iglesia le encarga. La legitimidad de su mensaje estriba en la autoridad del Obispo que lo envía, sea por sí mismo o a través de los sacerdotes sus colaboradores. Es la comunidad eclesial la que lo respalda y ora por el éxito de su empresa.

✓ **acogida de los signos.** La vida sacramental —los signos sacramentales— viene como alimento primordial de la vida eclesial. Cristo en su infinita bondad nos dejó en ellos una manera sensible de percibir la recepción de la gracia, y el que ingresa a la comunidad ha de nutrirse eficazmente con ella.

✓ **iniciativas de apostolado.** La semilla plantada, cultivada y floreciente ha llegado a dar fruto: cuando el evangelizado llega a concebir —a su vez— la ilusión por evangelizar, el fruto ha madurado: ha surgido un nuevo evangelizador.